

En su *Ensayo sobre el Entendimiento Humano*, dice Locke que si diéramos por hecho que un hombre dormido piensa sin saberlo, llegaríamos a la conclusión de que su alma se separa del cuerpo pensando aparte, durante su sueño. La situación se vuelve divertida en tanto el alma podría elegir como escenario de su pensamiento el cuerpo de otra persona, que está durmiendo sin su alma también, ya que si el alma puede pensar mientras el hombre duerme, no importa cuál sea el lugar que elija para pensar. Tendríamos, pues, los cuerpos de dos hombres con sólo un alma entre los dos, a los cuales supondremos durmiendo o despiertos por turnos. (Locke, obra citada, Libro II, 12). Si la intención del sabio al formular este ejemplo irónico, es negar que el alma pensara por sí misma, con el tiempo ha conseguido justamente lo contrario: en sus palabras hemos de ver un atisbo de lo que más adelante se definirá como energía psíquica, o “campo magnético”, o simple y sencillamente, “campo”. A este formidable concepto de Física Mental nos acerca el libro de Francisco Muñoz Soler. La misión del poeta es buscarlo, ir tras él y eso es precisamente, lo que hace al final.

Existe un lugar aparte, donde tienen lugar reacciones complejas y profundas entre las almas. Claro, esto que en un principio fue una mera ilusión romántica, al paso del tiempo ha devenido tema central de reflexión, por cuanto implica una de las más firmes esperanzas de que hay “algo” después de la muerte. Es así que el poeta al consagrar su experiencia, pone como un sello estas bellas palabras sobre la calidez que va a transmitirnos:

‘¿Cómo es posible recuperar la voz en otra dimensión si la perdemos en ésta?... ‘Cómo siente el alma a su persona, si es que tiene distancia’. A esto habría que añadir la contundencia del Eclesiastés: “Porque se pone el sello y nadie regresa”.

Mas si como decía Octavio Paz, “en un mundo de hechos la muerte es un hecho más”, con el poeta Francisco Muñoz Soler habremos de advertir que, gracias al poder del signo evocativo, la muerte pasa de

un hecho más, a un recuerdo más. Y ese recuerdo es, con Paz, el de que “sólo ella, la muerte, no muere”.

Cada vez más iremos reconociendo al alma como protagonista. El futuro del mundo se decidirá entre las almas.

Nada define tanto la aventura de estar vivo como este título del prestigiado poeta malagueño, *Alma entre almas*. Si para Jaspers la realidad es un “ir de camino”, a la manera cristiana, vivir no es más que un viaje, como vemos en el epígrafe de otro pastor de almas, Juan Ramón Jiménez.

Como lo asume el poemario desde un principio, nuestra sangre es sustancia valiosa que el tiempo bebe y nuestro corazón sabe escanciar a sorbos para extraer el Néctar de la Vida y bendecir lo que es nuestro, especialmente el amor de los familiares más próximos como lo hace el poeta con la memoria de su padre, y después con su madre cuya vida todavía le bendice, trayéndole en su voz ese amor que crece con nosotros, sin lazos de pretexto. Venero inagotable la vida se ha defendido como el máximo bien tutelado y la poesía, al hablar en la edad Media con Dios, lo reconoce así en el cántico del *Pange Linguae*, joya engastada en el *Tantum Ergo*: “Canta lengua el misterio de la sangre preciosa”.

Por eso no es extraño que la Voz del Poeta alcance a decir, de sus versos, remontado “ese tiempo que nada cura”: “Brotaron de mí como sangre/ vi con vida mis poemas”. Se reconoce en la mirada del hijo, el alma le revela secretos de luz que lo devuelven al instante en que el pequeño pregunta a su madre que por qué no lo operan, lo intervienen quirúrgicamente a fin de superar un impedimento físico y entonces el poeta atisba su candidez que “resplandece como un arco iris/ por encima de la normalidad”.

Y entretanto las almas cuidan nuestro presente “hacia el latido íntimo”, las ciudades son una referencia de vida y de valores que el poeta hace suyos alguna vez también desde el aire, como al volar en límites de España y Francia.

Tal es su itinerario en los rincones del cosmos que le es permitido visitar; su paso *por el mar de los sueños verdaderos* donde está el amigo fallecido de cáncer que aun espera bañarse con la hija querida que ha dejado en el mundo sin explicación; donde está el paraíso que ha dejado perdido pero nunca vacío desde el instante en que se da su tiempo para hallar la ventaja a la cincuentena, su aliento para elevar lo cotidiano y bogar, y reír, y volver al sueño despierto donde nadie encuentra todas las respuestas, y siempre habrá un *temor nacido de madre* y un “tic tac que nos recorre”.

Carlos Santibáñez Andonegui
Verano, 2013